

llante de Don Federico. Pero García Sánchez tiene un público incondicional que se entrega rendido, seducido, al espejuelo maravilloso de su inagotable fecundidad verbal.

EN EL INSTITUTO DEL TEATRO

El enunciado de la conferencia de don Luciano de Taxonera, era sugestivo y prometedor: «Los actores de ayer y los actores de hoy». Desgraciadamente las promesas no se cumplieron.

Para los alumnos del Instituto del Teatro, los conferenciantes que ocupan regularmente la tribuna de la casa, son una a modo de prolongación del claustro de profesores. Las clases se suspenden y los estudiantes asisten a la conferencia, que se considera una faceta más de las disciplinas que allí están cursando.

Oyendo las palabras del señor de Taxonera, no fue seguramente posible utilizar el bloc de apuntes. El auditorio esperaba una evocación de los grandes actores del pasado, un paralelo con los actuales, y se imaginaba la conferencia abundante en anecdotario. Sufrió una desilusión. Las palabras del conferenciante—correctas y concisas, eso sí—no fueron sino una constante reiteración de un punto de vista absolutamente cierto: como, en los últimos treinta años, se ha perdido casi totalmente la conciencia profesional de los actores, el apasionado amor al oficio, la devoción, la entrega total.

Don Luciano de Taxonera, leyó su disertación, y en ese hecho radica en parte la impresión anodina y desfigurada que sus palabras causaron. El conferenciante no puede leer: el auditorio quiere enfrentarse con la improvisación, o en todo caso, con la ficción de la improvisación. La actitud, la gesticulación tiene a veces la misma importancia que las palabras y los conceptos expuestos. No debiera ser así, pero así es.

Olle Pinell. — «Paisajes»

valles pirenaicos de Aragón Parque Nacional de Ordesa. Comprensión del pintor con sus nuevos temas con que nos sorprendido, consigue un grado de intimidad muy poco corriente alcanzado. La profundidad de las distancias, la limpidez del y la fría luz de las alturas en Tárrega Viladoms un feroz intérprete, por cuya emoción de términos y accidentes se escriben y desarrollan con el lenguaje pictórico que no se seducir por detallismos imperceptibles y se encamina decidido por pincelación sintetizada de expresividad.

JUAN PALET

dispersa su atención por diversificaciones encontradas, se ofrece Juan Palet, expositor en sus con mayores posibilidades de realizaciones perfectamente logadas. Posee el artista un buen conocimiento del dibujo, una educación que se adivina certera, comprensión de la forma y sentimiento color. No es nada ledo en su dibujo, si bien lo trata excesivamente menudo con extrema superficialidad. Empasta con garbo y afinidad y ajusta la línea con limpieza, especialmente en sus dibujos. Nos gustaría más verle amparado por una mayor gravedad que que actualmente es su más manifiesta característica.

JUAN CORTES

TRIBUNA DEL CONFERENCIANTE

LAS CHARLAS DE MEJICO

«Mejico sin España» era el título de la segunda y última charla de García Sánchez. El estilo del popular académico, del que se han hecho tantos elogios, tiene una característica básica: la sencillez. García Sánchez habla con verdadero furor, entregado a un flujo de imágenes, evocaciones y sin principio ni fin. Produce la impresión de que podría seguir hablando ininterrumpidamente hasta la total destrucción de sus cuerdas vocales.

Una síntesis de cualquiera de sus charlas, no es posible. Una patente abstracción de lo que afirmamos, la ofrece, por ejemplo, la Prensa, en cuya sección de «Cultura», cada conferencia nos es resumida en una gaceta-resumen. En la conferencia de la que se ofrece el esbozo ideológico y reportan las dos o tres frases de la conferencia. Con García Sánchez eso no ha sido posible. Los periódicos se han visto obligados a publicar un extenso guión que—sin excesivo orden—eran tratados, abocetados, los innumerables temas sobre los cuales mariponea la protergia verbal del genio valenciano.

En Guadalupe Victoria, la primera aniversario bancario, el nacimiento de la Plaza Mayor, silueta y estatua — de paso — de la figura de Hernán Cortés, los franceses en México, el nacimiento del México actual, el pintor Diego Rivera como premio para un vehemente ataque al comunismo integral, sus experiencias personales en la reciente estancia en México, y vuelta a Hernán Cortés para analizar los cohetes finales benéficos de emoción patriótica y rubricada por una sincera ovación.

Este mismo intento de apostillar las charlas mejicanas es de una absoluta inutilidad. A García Sánchez hay que oírle: explicarlo no es posible. Pensaremos que no es un orador de nuestro gusto, eso sí. Preferimos las construcciones lógicas, cerradas y ordenadas: lo que podríamos llamar franciscanismo oratorio, o sea, síntesis perfecta del estilo apabu-

ESCAPARATE

Celia Viñas Olivella: CACION TONTO EN EL SUR. - Almería, 1948.

A los dos años de haber publicado su primer libro, «Trigo del corazón», nos ofrece Celia Viñas, catedrática del Instituto de Almería, este nuevo volumen de poesía, regida esta vez por la más pura unidad de inspiración. La infancia es su medula y alma: una infancia viva y espontánea, totalmente ajena a formularios, a tópicos, a interferencias literarias. No será fácil desasirse de bagajes de escuela a una escritora tan rica de conocimientos como Celia Viñas. «Se necesita — subraya G. Díaz-Plaja en el prólogo — toda la intrépida alegría vital, toda la sinceridad vehemente, toda la voluntad de inocencia que Celia posee para conseguir estos ritmos alados, estos encajes finisimos de imágenes y sensaciones acústicas, estos juguetes de corazón diminuto y rebosante ya de ilusiones.

La poesía femenina española, tan falta de nombres y contenido, tiene en Celia Viñas una voz digna de la más cálida atención. Acreditando ya dos libros que van definiendo, de manera múltiple, su dimensión poética y humana, capaz de abordar sin desmayo los temas más universales de la lírica. Permittámonos sólo Celia un reparo de carácter externo, aplicable a los dos volúmenes: la incuria tipográfica de los mismos. Una poesía como la suya merece muy otro marco: los libros de poesía, en mayor medida que los otros, necesitan un ropaje sencillo pero impecable. — M.D.

UN LIBRO ESPAÑOL DE PSICOLOGÍA, ÉXITO INTERNACIONAL.

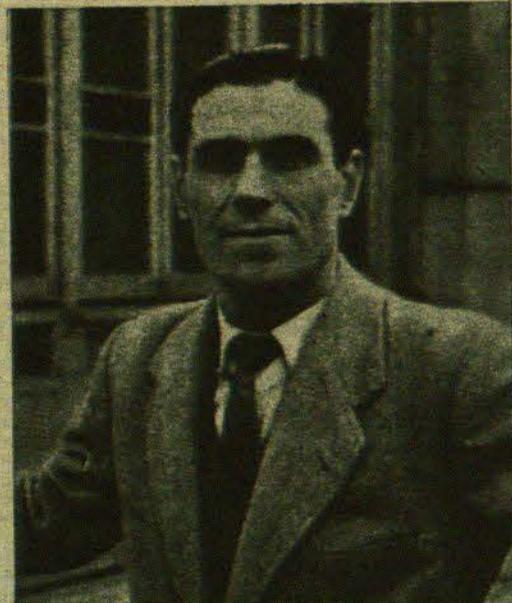
Los autores tienen que esperar a veces mucho tiempo hasta que sus obras trasciendan más allá de las fronteras. «Los sentimientos de inferioridad», de nuestro colaborador Oliver Brachfeld, libro escrito en 1935, en su versión primitiva, se publicó pocas semanas antes de nuestra guerra, se agotó rápidamente y no se reeditó hasta 1944 en su nueva versión muy revisada y aumentada. Entretanto, se publicaron sendas ediciones piratas, en Chile y en la Argentina, de las que el autor no cobró, desde luego, un solo céntimo. La versión francesa debía salir en París, el mismo día en que llegaron los alemanes, quién sabía, fué el autor, a pie y sólo con su máquina de escribir portátil a cuestas. Luego, la obra iba a salir en Marsella, editada por Jean Vignaud, pero también Marsella fué ocupada, y el libro tuvo que publicarse en francés, en Suiza. Ahora, casi tres lustros después de la publicación del éxito escrito en español — también la versión francesa es obra del autor — el libro, agotado en España, aparecerá en Inglaterra, en la prestigiosa Editorial Routledge & Kegan Paul; en Nort-América, en Dinamarca y en la zona occidental de Alemania.

HOMBRES E IDEAS

Sebastián Juan Arbó y la novela

por JUAN ESTELRICH

TIEMPO atrás, hará más de veinte años, se suscitó en nuestro mundillo literario la cuestión de la novela. Críticos, autores y lectores advirtieron conternados que nuestra lírica brillaba por su riqueza y perfección, que poseíamos una de las líricas modernas más abundante y refinada, en tanto que la novela arrastraba una vida lánguida y gris. No teníamos tan buenos novelistas, como excelentes poetas. Y nos empenábamos en que hecho tan notorio encubría alguna grave anomalía de nuestro espíritu creador. Pocos recordaron que el espíritu sopla por donde quiere y como quiere, y que, por tanto, resulta vano señalarle objetivos. Los mismos literatos caían en la usurpación de atribuir sólo a causas sociales y a causas políticas lo que tenía, en todo caso, su explicación en causas espirituales. Tal vez lo único que se podía sostener, sin tropezar con el ridículo, era que no gozábamos de buenas novelas porque no había buenos novelistas. Sea como sea, fruto de aquella plausible preocupación, se



fundó el «Premi Creixell», ilustre antecedente del «Premio Nadal».

Los premios, sin duda, suscitan vocaciones, a veces certeras, a veces equivocadas; a veces auténticas, a veces falsas. No puedo afirmarse, sin exageración, que den talento a quien carece de él. Pero tampoco puede afirmarse, sin injusticia, que entorpezcan la aparición del talento, antes bien le ofrecen oportunidad para manifestarse y revelarse al gran público. Ocurrir con esto algo parecido a la acción de la crítica. Por mala que ésta sea, no logra hundir a las obras de mérito. Poco después del «tolle tolle» que se armó en torno al problema novelístico, le dió al espíritu por soplar desde las goles de l'Ebre y apareció en nuestro cielo literario, singular meteoro, un novelista de verdad: Sebastián Juan Arbó. No pudo evitarse que fuera conocido y apreciado en seguida. Y es que ni un ejército de críticos es capaz de acoger a un autor robusto, ni cien jurados son capaces de descorazonarlo. La concesión del Premio «Nadal» — precisa decirlo — no tiene, pues, ningún carácter de descubrimiento; es, con todo el peso de la palabra, un reconocimiento justo, una debida consagración.

Probablemente, puesto que a veces penetro temerariamente en los campos poblados de cardos de la crítica, el lector espera que le defina el arte con el cual Sebastián ha conquistado sus laureles. ¡Dios me libre! Definir, en casos como éste, equivale a rodear con un muro pétreo un bosque espeso, de varia y tupida vegetación, con plantas en pleno crecimiento, escondidos valles, fuentes de íntimo y misterioso caudal, animales dañinos e idílicos, flores gratas y venenosas, silbidos de mal agüero y nidos de ruiseñor: una selva, en suma, bullente de vida y llena de posibilidades; pues Juan Arbó se encuentra apenas en los umbrales de la madurez y no se la podrá definir, como a ningún creador, hasta que la muerte ponga un punto irrefutable a su obra: lo que deseamos se difiera por largos y fructíferos años.

No me arriesgaré tampoco preguntando, y contestando a lo dómine, dónde aprendió nuestro amigo a componer novelas; qué ejemplos siguió y de qué maestros recibió influencias. Su caso es claro: su escuela no fué otra que la de la vida, intensamente sentida y meditada. La vida le condujo, con su mano ruda, cálida y persuasiva, a consagrarse a la novela activa, a la novela novela: esa novela que nos da la impresión de tiempo múltiple, de energía inagotable, de un ritmo de vida social primaria y densa que rebasa cualquier representación, cualquier existencia individual; esa novela que no es historia, ni música, ni ensayo filosófico, ni tratado moral, ni sociología, ni política, ni agricultura, ni industria, ni comercio, ni navegación,

sino sólo hechos, hombres y mujeres, idilio y elegía, gozo y lágrimas, misterio y drama envueltos en paisaje; esa novela en que los personajes, en virtud de su sino, marchan hacia situaciones morales trágicas, que es donde se encuentra el clima propicio a las obras maestras. Acción pura, digo; personajes de carne y hueso; acontecimientos sin exégesis importunas. No esa acción que se disuelve en ideas, ni esos personajes que se acartonan en figuras, ni esas aventuras que se evaporan en símbolos.

Las novelas de Sebastián Juan Arbó — desde «Terres de l'Ebre» a «Tino Costa» — no salieron ciertamente de una incubación intelectual; salieron de un mundo viviente. No se elaboraron con ideologías, sino con pasiones y con la fatalidad de los actos que los sentimientos determinan. Abridas por cualquier página: leed y ya no podréis abandonar la lectura. Su estilo será, si así os parece, poco atildado, poco castigado, incorrecto, de gramática imperfecta... No es el estilo racionalizado, de perfil ceñido, de seguridad, desde luego. Es el estilo de inquietud que precede por frases discontinuas; ora apresuradas como llamando con el kudillo a la puerta de un misterio; ora morosas, insistentes, oscilantes entre la languidez y el ansio, para sugerirnos la presencia de una imagen aplastada y torturada por la angustia. El autor, ante los hechos y situaciones de sus personajes, no es un espejo impasible; es, por el contrario, una mirada conmovida, casi un testigo anhelante.

Estas novelas, digámoslo para abreviar, son producto de la emoción creadora; arte interior que absorbe y manifiesta todos los esplendores de la naturaleza y de la acción; arte revelador, que va de dentro a fuera; arte mágico que convierte la visión inferna en objeto vivo; arte evocador, por medio del cual lo imaginado viene a ser revelación de un universo, con su complejo tejido de pasiones. Y, arte profético, en fin. Así, por ejemplo, en «Hores en blanc» (1933) el novelista había de notar cómo nos íbamos disgregando, cómo nos invadía el desorden, cómo se establecía el odio en los corazones, cómo nos amenazaba la «Cobroza», cómo se nos venía encima el desastre, cómo habíamos de desembocar en la espantosa catástrofe.

Aquí el pensamiento es acto creador y comunicativo. Hay aquí todo un mundo; todo un mundo de vida, y por eso en él predomina la fuerza, el amor, el dolor y la crueldad. Ese universo, por ser cierto, no ofrece el aspecto de un teorema inmóvil; está sacudido por risas y sollozos, vibra en ritmos, es injusto, irregular e inhumano. No hay en el fondo más que un tema del arte y del pensamiento: el hombre ante el enigma de la vida. El placer sigue la corriente de la vida, pero nos vuelve de espaldas al enigma. El dolor es tal vez un obstáculo para la vida, pero nos hace volver los ojos hacia el enigma. En la realidad del acontecer humano el dolor se confunde con la vida, y el misterio de la vida es el misterio del dolor; y este es el misterio de la novela. Si hay seres que lo desconocen es que viven en un mundo plano, de dos dimensiones, en un mundo sin profundidad. El autor es la conciencia de su mundo. El alma que ha visitado la profundidad ya sólo podrá vivir en los grandes fondos, hundiendo en ellos los objetos de la vida, los pensamientos y los actos. Por eso esperamos tanto de Juan Arbó. La visita a las profundidades no tiene tal vez perdón; por lo cual tampoco conoce arrepentimiento. La profundidad del sentimiento lo encierra todo, e incluso el estilo. Ahí residen las verdades secretas, es decir, vitales. Aquí el crimen y la bondad, la dignidad y la indignidad del hombre. Se va a la profundidad por la intuición y el sentimiento, no por la razón y la intelectualidad. Y la plegaria en la profundidad es una aspiración ferviente hacia lo eterno. El arte no existirá con plenitud sin el dolor; o, más bien, sin él, se habría tal vez detenida en sus formas superficiales.

Cuando nos referimos al goce, al escrito jubiloso, empleamos cualquier epíteto laudativo, menos el de profundo. Pero cuando una página nos conmueve con el dolor la llamamos profunda. Es que nos toca en lo íntimo; nos contrae; intensifica nuestra densidad. No reside en el dolor nuestro deseo, pero sí nuestro certidumbre; vivir es gozo, aun en el suplicio. El autor sabe, desde muy joven, lo que nadie ignora a partir de los cuarenta años: sabe que nadie es dichoso, que nadie ha sido nunca dichoso, que nadie podrá serlo nunca; y de ahí, con esa verdad en el centro de su pensamiento, la mirada melancólica del autor maduro. Mirada que es una protesta. No ha vacilado en bajar a los tinieblas, infamias, fealdades y horrores. No ciertamente por gusto morboso, sino por abundancia y exceso de amor. La crueldad sobre todo, que señorea en la vida estúpida — ¿y en la inteligente, no? —, la crueldad, que es el crimen de los crímenes, le hiere hasta la exasperación. En mi tierra decimos: asom de terra i terrejama, proverbio universal cuya glosa encontré en Péguy:

Seigneur qui les avez pétris de cette terre,
Ne vous étonnez pas qu'ils soient trouvés terreux.

EL PRINCIPE Y LA PRINCESA PAUL MOUROUSY

que han merecido tantos aplausos por sus recientes conferencias en el Windsor Palace, dedicarán en CASA DEL LIBRO un reducido número de ejemplares de la obra «PARIS A DEUX MILLE ANS», que han traído expreso de París, con motivo del aniversario que se celebra este año.

Los Príncipes destinan el beneficio de estos libros para los niños pobres de Barcelona.

Se recomienda a los señores interesados se hagan reservar previamente el ejemplar para el acto de la firma, que se celebrará el próximo día 7 de marzo, de cinco y media a siete de la tarde, en

CASA DEL LIBRO — Ronda San Pedro, 3 — Teléfono 24647